

sin forma, sin consistencia, y sin color. Pero si encuentran un gran monte, si se agarran á su cima, el vapor se convierte en nube, la nube en torrente, y mientras la frente de la montaña ciñe su auréola de relámpagos, el agua se filtra misteriosamente y reune en su cavidad profunda, y salen á sus piés manantiales de agua, río inmenso que atraviesa, exagerándose siempre, la tierra ó la sociedad, y que se llama Nilo ó Iliada, Danubio ó *Divina Comedia*.

Tuvo el Dante como Homero la suerte de nacer en una época en que una sociedad virgen busca un genio que formule sus primeros pensamientos. Apareció solo en el mundo en el momento en que san Luis llamaba á la puerta del cielo. Detrás de él todo estaba arruinado; ante él todo era porvenir. Pero en lo presente no tenia ni aun esperanza.

Invadida la Inglaterra hacia doscientos años por los Normandos, iba verificándose su trasformacion política. Hacia mucho tiempo que no habia ya combates reales entre los vencidos y los vencedores: pero habia si siempre una lucha sorda entre los intereses del pueblo conquistado y los del pueblo conquistador. En este periodo de dos siglos todos los hombres grandes que habia en Inglaterra habian nacido con una espada en la mano, y si algun antiguo bardo llevaba aun un harpa colgada á su espalda, no se hallaba seguro sino al abrigo de los castillos sajones. En un lenguaje desconocido á los vencedores, y casi olvidado de los vencidos, se atrevian á celebrar los beneficios del buen rey Alfredo, ó memorias de las armas de Arnolfo, hijo de Godwino. Las relaciones forzadas que se habian establecido entre los indígenas y los extranjeros, començaban á hacer

nacer una lengua nueva, que no era ni la normanda ni la sajona, sino un informe y bastardo conjunto de las dos, que cien años mas tarde, solamente Tomás Moro, Stal y Spenser debian regularizar con Shakspeare.

La España, hija de la Fenicia, hermana de Cartago, esclava de Roma, conquistada por los Godos, entregada á los Arabes por la traicion del conde don Julian, unida al trono de Damasco por Tarif, despues separada del califato de Oriente por Abderraman de la tribu de los Omniadas; la España mahometana desde el estrecho de Gibraltar á los Pirineos, habia excedido á la civilizacion trasportada por Constantino desde Roma á Bizancio. Espigado el fruto en un lado del Mediterráneo, habia vuelto á granarse en el otro. Mientras que se venian abajo en la orilla izquierda el Partenon y el Coliseo, se veia alzarse sobre la orilla derecha á Córdoba con sus seis mil mezquitas, sus novecientos baños públicos, sus doscientas mil casas, y su palacio de Zahara, cuyos muros, cuyas paredes y escaleras incrustadas de acero y oro, estaban sostenidos por mil columnas de los mas hermosos mármoles de Venecia, de Africa y de Italia.

Mientras que la sangre infiel y extranjera se infiltraba en sus venas, la España no habia cesado de palpar en su corazon nacional y cristiano. Pelayo, que no tuvo al principio por imperio mas que un monte, por palacio una caverna, por cetro una espada, habia echado en medio del califato de Abderraman los cimientos del reino de Carlos V. Comenzada la lucha en 717, habia continuado durante cinco siglos, y cuando al principio del siglo xiii Fernando reunió sobre su cabeza las dos coronas de Leon y Castilla, los musulmanes á su vez no poseian en España mas que el reino de Granada con una

parte de la Andalucía, y las provincias de Valencia y Murcia. En 1256 hizo su entrada Fernando en Córdoba, y después de haber purificado la principal mezquita, el rey de Castilla y de Leon fué á descansar de sus victorias en el magnífico palacio de Abderraman III, edificado por este para su favorita.

Entre otras maravillas encontró en la capital del califato una biblioteca que contenia seiscientos mil volúmenes. Lo que ha sido de este tesoro del talento humano nadie lo sabe. Su origen, religion, costumbres, todo era diverso entre los vencedores y los vencidos. No hablaban el mismo lenguaje ni á los hombres ni á Dios. Los musulmanes se llevaron consigo la llave que abria la puerta de los palacios encantados, y el árbol de la poesia árabe arrancado de la tierra de Andalucía, no florecia ya mas sino en los jardines del Generalife y de la Alhambra. En cuanto á la poesia nacional, cuyo primer canto debió haber sido en alabanza del cielo, aun no habia nacido.

La Francia, enteramente germánica bajo sus dos primeras razas, se habia nacionalizado bajo la tercera. El sistema feudal de Hugo Capeto habia sucedido al imperio unitario de Carlo Magno. El idioma que debia escribir Corneille, y hablar Bossuet, mezcla de céltico, de teuton, de latin y de árabe, se habia dividido naturalmente en dos idiomas, y fijado en las dos orillas del Loira. Pero como las revoluciones del suelo habian experimentado la influencia bienhechora y activa del sol meridional, tanto que la lengua de los trovadores habia llegado á la perfeccion y apogeo, cuando la de los menestrales, retrasados como los frutos de la tierra del Norte, tenian necesidad de otros cinco siglos para llegar

á la madurez, así la poesia representaba un gran papel en el sur del Loira. Ni un rencor, ni un amor, ni una paz, ni una guerra, ni una sumision, ni una rebelion ha habido, que no haya sido cantada en verso. Ciudadano ó soldado, villano ó baron, noble ó rey, todo el mundo hablaba y escribia esta clase de lengua. Uno de los que le han dado mas tierno y varonil acento, ha sido Bertran de Poru, el *mal consejero* que encontró Dante en los fosos malditos, llevando su cabeza en la mano, y que le halló con aquella cabeza.

Habia llegado, pues, la poesia provenzal á su apogeo, cuando Carlos de Anjou á la vuelta de Egipto, donde habia acompañado á su hermano Luis IX, se apoderó con el auxilio de Alfonso, conde de Tolosa, de Poitiers y de Aviñon, de Arles y de Marsella. Reunió esta conquista al reino de Francia todas las provincias de la antigua Galia situadas á la derecha ó izquierda del Ródano. La antigua civilizacion romana dividida en el siglo XII por la conquista de las ciencias, fué herida en el corazon, porque se hallaba reunida á la barbarie septentrional que debia oprimirle con un brazo de hierro. Aquel hombre que en su orgullo tenian costumbre de llamar los provenzales rey de Paris, á su vez en su desden llamó á sus vasallos de la lengua d' Oc, y para distinguirlos de los antiguos franceses de mas allá del Loira que hablan la lengua comun. Desde entonces el idioma poético del mediodia se extinguió en Languedoc, en Poitou, en el Limousin, en Auvernia y en Provenza, y la última tentativa que se hizo para volverle la vida es la institucion de los *Juegos florales*, establecida en Tolosa en 1525.

Con ellos perecieron todas las obras producidas desde

el siglo x hasta el xiii, y el campo en que habian recogido abundante miés Arnolfo y Bertran de Poru, quedó agostado y erial hasta el momento en que Marot y Rou-san volvieron á echar á manos llenas el cimiento de la poesia moderna.

La Alemania, cuya política é influencia se extendía sobre toda Europa casi al igual de la influencia religiosa de Roma, preocupada con aquellos grandes sucesos, dejaba modelar descuidadamente su literatura sobre la de los pueblos inmediatos. En ella se habia refundido toda la vitalidad artística en aquellas catedrales maravillosas que datan de los siglos xi y xii. El monasterio de Bonn, la iglesia de Audernach y la catedral de Colonia, se alzaban al mismo tiempo que el Domo de Siena, el Campo Santo de Pisa, y el Domo de Santa María de las Flores. El principio del siglo vii habia visto tambien nacer los Niebelungen, y morir á Alberto el Grande.

Empero los poemas de caballería mas á la moda, eran criticados por provenzales ó por franceses, y eran mas bien los discípulos que los rivales de los menestrales y trovadores. El mismo Federico, ese poeta imperial, renunciando, aunque hijo de Alemania, á formular su pensamiento en la lengua materna, habia adoptado la italiana como la mas clara y pura que se conocia, con Pedro de Allevigne, su secretario, contado en el número de los mas graciosos poetas del siglo xiii.

En cuanto á la Italia, hemos asistido mas arriba á sus glorias poéticas. Hemos visto desprenderse sus ciudades una á una del imperio : sabemos con qué motivo sacaron los dos partidos güelfo y gibelino la espada en las calles de Florencia. Por último, hemos dicho como

güelfo por nacimiento, Dante fué gibelino con resolucion de poeta, por vengarse. Así, cuando hubo fijado en su mente la obra de su venganza, fué su primer pensamiento, mirando en torno de sí, buscar en qué idioma la formularia para hacerle eterno. Comprendió que el latin era una lengua muerta como la sociedad que le habia dado nacimiento : el provenzal una lengua moribunda que no sobreviviria á la nacionalidad del idioma : el francés una lengua naciente y que apenas tartamudeaba, que necesitaba de muchos siglos todavia para llegar á su madurez : en tanto que el italiano, bastardo, vivaz y popular, nacido de la civilizacion y amamantado por la barbarie, no tenia necesidad mas que de ser reconocido por rey, para llevar un dia la corona.

Desde entonces quedó determinada su eleccion, y separándose de las huellas de su maestro Bruneto Latini, que habia escrito su Tesoro en latin, se puso, sublime arquitecto, á tallar él mismo las piedras con que queria edificar el monumento gigantesco, al que forzó le ayudasen el cielo y la tierra.

Efectivamente, todo lo abarca la *Divina Comedia* : es el resúmen de las ciencias descubiertas, y el sueño de las cosas desconocidas. Cuando falta la tierra á los piés del hombre, lo levantan al cielo las alas del poeta, y no se sabe al leer aquel maravilloso poema si admirar mas lo que sabe el talento, ó lo que advina la imaginacion. Dante es la edad media hecha poeta, como Gregorio VII era la edad media hecha papa, como san Luis era la edad media hecha rey. Todo está en él : creencias supersticiosas, teologismo, republicanism feudal. No puede concebirse la Italia literaria del siglo xiii sin el Dante, como no se comprende la Francia del xix sin

Napoleon. La *Divina Comedia* es como la columna de la plaza Vandome, la obra necesaria de su época.

Murió Dante en Ravena el 14 de setiembre de 1351, á la edad de cincuenta y seis años. Güido de Potola, que le habia ofrecido un asilo, le hizo sepultar en la iglesia de los frailes menores, con gran pompa y vestido de poeta. Allí permanecieron sus huesos hasta 1481, época en la que Bernardo Bembo, podestá de Ravena por la república de Venecia, le hizo levantar un mausoleo segun los dibujos de Pedro Lombardo. En la bóveda de la cúpula hay cuatro medallones representando á Virgilio su guia, Bruneto su maestro, Tangrando su protector y Güido Cavalcanti su amigo.

Dante era de mediana estatura y airoso en sus miembros; tenia la cara larga, ojos anchos y penetrantes, nariz aguileña, fuertes quijadas, el labio inferior bastante pronunciado y mas grueso que el otro, color moreno, barba y cabellos crespos. Andaba ordinariamente grave y pausado, vestido de traje sencillo, hablando pocas veces y aguardando siempre á que le preguntasen para responder. Entonces su respuesta era justa y concisa, porque tomaba tiempo para pesarla con prudencia. Sin tener una locucion fácil, era elocuente en las grandes circunstancias. A medida que envejecia se felicitaba de ser solitario y verse distante del mundo. El hábito de la contemplacion le hizo tomar un continente austero, aunque fué siempre hombre de impresiones y excelente corazon. Dió una prueba de esto cuando para salvar á un niño que habia caido en uno de los pocitos donde se sumergia á los recién nacidos, rompió la pila bautismal de San Juan, no cuidándose de que le acusasen de impiedad.

Dante habia tenido á la edad de nueve años uno de esos amores que derraman sus encantos sobre toda la vida. Beatriz de Folto Portinari, en quien cada vez que la veia hallaba una nueva belleza, pasó una tarde delante de aquel niño de corazon de poeta, que conservó grabada su imágen, y que la inmortalizó cuando se hizo hombre.

*Io non la vidi tante volte ancora
ch'ù non trovassi in lei nuova bellezza.*

A la edad de veinté y seis años aquel ángel prestado á la tierra tornó al cielo á tomar sus alas y su auréola, y Dante la encontró á la puerta del paraíso donde no podia entrar Virgilio.

Florenzia, injusta con el vivo, fué respetuosa con el muerto, é intentó recobrar los restos del que habia proscribido. En 1396 le decretó un monumento público, y en 1429 renovó sus instancias con los magistrados de Ravena; por último, en 1519 dirigió una peticion á Leon X, y entre las firmas de los peticionarios se lee este párrafo:

« Yo, Miguel Angel, escultor, suplico á vuestra santidad por la misma causa, ofreciéndome á hacer al divino poeta una escultura correspondiente, en buen lugar, honroso á esta ciudad. »

Leon lo rehusó; hubiera, sin embargo, sido una cosa magnífica el sepulcro del autor de la *Divina Comedia* por el pintor del *Juicio final*. El único monumento que poseyó Florenzia hasta el momento en que el decreto dado en 1396 se cumplió en nuestros dias en la iglesia de Santa Cruz á costa de una sociedad por el escultor Estéban Rizzi, fué el retrato del Dante, ante el cual

acabamos de dar una ojeada á toda la vida del gran poeta, el que fué, dice un manuscrito de Bartolomé Cefoni, ejecutado al fresco por un autor desconocido á petición de un cierto maestro Antonio, fraile de San Francisco, el que explicaba la *Divina Comedia*, á fin de que la obra del ilustre desterrado recordase sin cesar á sus conciudadanos que el autor de la *Divina Comedia* descansaba en una tierra extranjera.

Existen todavía en Florencia descendientes del Dante. Algunos días después de la visita que habia hecho al retrato de su antepasado me presentaron á ellos: los encontré muy degenerados.

Al lado de aquel gran recuerdo literario, el Domo conserva un terrible recuerdo político. En el coro, en el sitio mismo en que se halla rodeado de una balaustrada de mármol, se verificó la conspiracion de los Pazzi, y fué asesinado Julian de Médicis. Echemos una ojeada atrás, á fin de dar á conocer á nuestros lectores las causas del odio que los Pazzi habian profesado á los Médicis; verán así, por el cuidado que tenemos de darles á conocer el estado político de Florencia, lo que habia de egoismo ó desinterés en tan gran maquinacion.

En 1291, cansado el pueblo de las disensiones obstinadas de la nobleza, de su eterna negativa á someterse á los tribunales democráticos y de las diarias violencias, con las que impedia la accion del gobierno popular, habia dado una ordenanza bajo el nombre de *Ordinamenti della giustizia*. Excluía esta ordenanza del priorato treinta y siete familias de las mas nobles y mas considerables de Florencia, y esto sin que jamás les fuese permitido, decia la ordenanza, volver á recobrar los derechos de ciudadano, sea alistándose en un premio,

sea que ejerciesen realmente una profesion. Además, la señoría quedó autorizada para añadir nuevos nombres á estos treinta y siete, cuantas veces creyese deber que alguna nueva familia, decia aun la ordenanza, caminando en pos de la nobleza, mereciese ser castigada como ella. Los miembros de las treinta y siete familias proscritas fueron designados bajo el nombre de *magnates*, titulo que de honorífico que habia sido hasta entonces, se convirtió en infamante.

Habia durado esta proscripcion ciento cuarenta y tres años, cuando Cosme el Antiguo, de quien hablaremos á su vez en la historia escrita sobre los muros del palacio Riccardi, de proscrito que era se convirtió en proscriptor, y habiendo á su vez en 1434 arrojado de Florencia á Renaud y los Albizzi de la nobleza popular, que con él gobernaban, resolvió reforzar su partido con alguna de las familias excluidas del gobierno, permitiendo á muchas de ellas volver á entrar en el derecho comun, y tomar, como lo habian hecho en otro tiempo sus abuelos, una parte activa en la gestion de los negocios. Muchas familias aceptaron esta rehabilitacion, volviendo con los brazos abiertos á su patria, sin conocer el motivo personal que á ella les traía: la familia de los Pazzi fué de este número. Hizo mas: olvidando que era de la nobleza de espada, adoptó francamente su nueva posicion, y abrió en el hermoso palacio que aun hoy lleva su nombre una casa de comercio, que fué muy pronto una de las mas considerables y mas consideradas de la Italia; tanto que los Pazzi, superiores ya á los Médicis como caballeros, fueron todavía sus rivales como mercaderes. Resultó de esta posicion reconquistada, que cinco años después Andrés de Pazzi, jefe de la casa,

tomó asiento en medio de la señoría, de la que se hallaban excluidos sus antepasados hacia siglo y medio.

Andrés tuvo tres hijos: uno de estos casó con la nieta del anciano Cosme, y fué cuñado de Lorenzo y de Julian. Mientras vivió el prudente anciano había mantenido la igualdad entre sus hijos, tratando á su yerno como á tal; porque viendo la prontitud con que la familia de los Pazzi se había hecho rica y poderosa, había querido hacer de ella no solo una aliada sino una amiga. En efecto, la familia se había aumentado en hombres como en riquezas, porque los dos hermanos que se habían casado habían tenido el uno cinco hijos y el otro tres. Hallábanse las cosas en este estado, cuando contrario á la política de su padre, Lorenzo de Médicis pensó que era interés suyo oponerse á mas acrecentamiento de riquezas y de poder. Se le presentó pronto una ocasion de seguir esta nueva política. Habiéndose casado Juan de Pazzi con una de las mas ricas herederas de Florencia, hija de Juan Borromeo, Lorenzo, á la muerte de este, hizo hacer una ley por la que los sobrinos varones eran preferidos á las hijas; y esta ley, no solo contra toda costumbre, sino contra toda justicia, se aplicó retroactivamente á la mujer de Juan de Pazzi. Perdió, pues, la herencia de su padre, que pasó de esta manera á primos lejanos.

No fué esta la única exclusion con que Lorenzo de Médicis, para abatir su poder, hizo víctima á los Pazzi. Había en la familia nueve hombres teniendo la edad y las cualidades requeridas para ejercer la magistratura, y sin embargo, á excepcion de Jacobo, el de los hijos de Andrés que no se había nunca casado y que había sido gonfaloniero en 1469, es decir, en tiempo de Pedro el

Gotoso, y de Juan, cuñado de Lorenzo y de Julian, que había en 1472 tomado asiento entre los priores, todos los demás habían sido alejados de la señoría.

Semejante abuso de poder por parte de hombres que la república no había de ninguna manera reconocido por señores, hirió de tal modo á Francisco de Pazzi, que se expatrió voluntariamente, y se fué á Roma á ponerse al frente de una de sus principales casas de comercio. Allí fué banquero del papa Sixto IV y Jerónimo Riario, que unos llamaban su sobrino y otros su hijo. Sixto IV y Jerónimo Riario, eran los dos enemigos mas grandes que los Médicis tenían en toda la Italia. El resultado de estos tres odios reunidos fué una conjuracion del género de la que dos años antes, es decir, en 1476, había hecho sucumbir á Galeas Sforza en la catedral de Milan.

Decididos una vez á valerse del hierro, Francisco Pazzi y Jerónimo Riario se pusieron á buscar cómplices para su empresa. Uno de los primeros fué Francisco Salviati, arzobispo de Pisa, al que por enemistad de su familia los Médicis no habían dejado tomar posesion de su arzobispado. Se unió tambien á ellos Carlos de Mouton, hijo del famoso condottiero Braecio, que estaba á punto de apoderarse de Siena cuando se lo impidieron los Médicis; Juan Bautista de Montesecco, jefe de los esbirros del papa; el anciano Jacobo Pazzi, el mismo que en otro tiempo había sido gonfaloniero; otros dos Salviati, el uno primo y hermano el otro del arzobispo; Napoleon Francesi y Bernardo Bandini, amigos y compañeros de diversiones de los jóvenes Pazzi; por último, Estéban Bagnoni, sacerdote y maestro de lengua latina, profesor de un hijo natural de Jacobo Pazzi; y en fin, Antonio Maffei,

sacerdote de Volterra, y escribano apostólico. Un solo Pazzi, René, sobrino de Jacobo é hijo de Pedro, rehusó obstinadamente entrar en el complot y se retiró al campo, á fin de que ni aun pudieran acusarle de complicidad.

Todo se hallaba arreglado y la única dificultad que se presentaba para el éxito de la conjuración era reunir aislados á sus amigos, y en un sitio público á Lorenzo y á Julian. El papa se lisonjeó proporcionar esta ocasión nombrando cardenal á Rafael Riario, sobrino del conde Jerónimo, el cual era de diez y ocho años apenas, y estaba estudiando en Pisa.

En efecto, semejante nombramiento debía ser motivo de extraordinarias funciones, en atención á que enemigos en el fondo del corazón de Sixto IV, los Médicis guardaban ostensiblemente con él todas las apariencias de una buena y respetuosa amistad. Invitó, pues, Jacobo de Pazzi al nuevo cardenal á ir á comer á su casa de Florencia, y puso en la lista de los convidados á Lorenzo y á Julian. Debía verificarse el asesinato al fin de la comida, y á una señal de Jacobo; pero vino solo Lorenzo; Julian se hallaba detenido por una intriga amorosa y encargó á su hermano que le disculpase. Fué preciso, pues, diferir á otro día la ejecución de su designio.

Pronto se creyó que había llegado este día; porque no queriendo Lorenzo aparecer vencido en magnificencia por Jacobo, invitó á su vez al cardenal á que fuese á Fiesoli, y con él á todas las que habían asistido á la comida dada por Jacobo. Pero esta vez también faltó Julian; tenía una pierna mala; fué preciso diferir todavía la ejecución de la conspiración para otro día.

Por último se fijó este día en el 26 de abril de 1478.

según Maquiavelo. Durante la mañana de aquel día, que era festivo, el cardenal Riario debía oír la misa en el Domo de Santa María de las Flores, y como había hecho prevenir á Lorenzo y Julian de aquella solemnidad, era probable que estos no podrían evitar el asistir. Se previno á todos los conjurados de estas disposiciones, y á cada uno de los asesinos el papel que debía representar en aquel sangriento drama. Francisco Pazzi y Bernardo Bandini eran los más encarnizados contra los Médicis, y como eran al mismo tiempo los más fuertes y los más diestros, reclamaron para ellos á Julian, en atención á que corría el rumor de que tímido de corazón y débil de cuerpo Julian llevaba habitualmente una coraza debajo del vestido, lo que hacía difícil, y por consecuencia más peligroso un asesinato en él que en cualquiera otro.

Por otra parte, el jefe de los esbirros pontificales, Juan Bautista de Montesecco, había recibido y aceptado ya la comisión de matar á Lorenzo en las dos comidas á las que había asistido y en las que le había salvado la ausencia de su hermano. Se sabía que era un hombre de resolución y que mostraba la misma buena voluntad que los demás; pero con gran asombro de todos, cuando supo que el asesinato debía cometerse en una iglesia rehusó diciendo que estaba dispuesto á una muerte, pero no á un sacrilegio, y que por todo el mundo no le cometería si antes no le presentaban un breve de absolución firmado por el papa. Desgraciadamente se había descuidado de proveerse de este importante documento que Sixto IV no era seguramente hombre de uegar: no se había tenido tiempo de hacerle venir, de modo que por más instancias que se hizo á

Montesecco no se pudo vencer sus escrúpulos. Entonces se encomendó la empresa de herir á Lorenzo á Antonio de Volterra y Estéban Bagnoni, que en su *calidad de sacerdotes*, dice Antoni Galli, uno de los diez ó doce historiadores de este suceso, *tenian menos respeto á los lugares sagrados*. El momento en que se debía dar el golpe era aquel en que el celebrante alzase la hostia.

Pero no bastaba herir á los dos hermanos: era preciso apoderarse de la Señoría, y forzar á los magistrados á que aprobasen la muerte inmediatamente que fuese ejecutada. De este cuidado se encargó el arzobispo Salviati: se fué al palacio con Santiago Baccioli y unos treinta de los conjurados inferiores dejando veinte á la primera entrada, donde mezclados con el pueblo que iba y venia, debian quedar allí desapercibidos hasta el momento en que á una señal dada se apoderasen de la entrada despues, conociendo bien todos los corredores del palacio, condujo otros diez á la cancillería, recomendándoles que cerrasen la puerta y no saliesen sino cuando oyesen ó el ruido de las armas ó un grito convenido. Despues, volvió á encontrar la primera tropa reservándose al llegar el momento arrestar él mismo al gonfaloniero César Petrucci.

Entretanto habia comenzado ya el oficio divino, y esta vez como las otras, parecia á punto de escaparse la venganza á los conjurados, porque Lorenzo habia ido solo. Entonces Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini se decidieron á ir á buscar á Julian, puesto que este no iba.

Fueron, pues, á su casa y le encontraron con su querida. Alegó el padecimiento que le causaba su pierna: però los dos conjurados le dijeron que era imposible que dejase de asistir á la misa, asegurándole que su ne-

gativa seria mirada como una ofensa al cardenal. Julian, á pesar de las miradas suplicantes de la mujer que se encontraba en su casa, se decidió, pues, á seguir á los dos jóvenes, pero cogido de improviso, sea confianza, sea que no quisiese hacerlos aguardar, no se puso su coraza, contentándose con ceñirse una especie de cuchillo de caza que tenia costumbre de llevar. Todavía al dar algunos pasos, como la punta de la vaina de su cuchillo le daba sobre su pierna mala, se lo entregó á uno de sus criados para que lo volvieran á su casa. Francisco de Pazzi le echó entonces los brazos por la espalda riéndose, como se hace á veces entre amigos; vió que Julian no llevaba coraza. Así el pobre jóven se entregaba á sus asesinos sin armas ofensivas ni defensivas. Entraron los tres jóvenes en la iglesia por la puerta de la calle *Dei-servi* en el momento en que el sacerdote decia el Evangelio. Fué Julian á arrodillarse cerca de su hermano; Antonio de Volterra y Estéban Bagnoni se hallaban ya en sus puestos; Francisco Pazzi y Bernardo Bandini se pusieron en el suyo. Una ojeada cambiada entre los asesinos les indicó que estaban listos.

Continuó la misa. La multitud que llenaba la iglesia era un pretexto á los asesinos para acercarse mas á Lorenzo y á Julian. Además, estos sin desconfianza se creian con tanta seguridad, al menos al pié del altar, como si estuviesen en su casa de campo de la Reggi.

El sacerdote levantó la hostia.

Al mismo tiempo se oyó un grito terrible: Julian, herido de una puñalada en el pecho por Bernardo Bandini, se levantó con el dolor y fué á caer todo ensangrentado á algunos pasos en medio de la espantada muchedumbre perseguido por sus dos asesinos.

que el uno, Francisco Pazzi, se ensañó sobre él con tal furor, y le dió tan repetidos golpes que él mismo se hirió y se clavó su propio puñal en un muslo. Pero este accidente que al pronto sin duda no creyó tan grave como era, no hizo mas que avivar su cólera, y todavía daba golpes despues que hacia tiempo que Julian no era mas que un cadáver.

Lorenzo habia sido mas feliz que su hermano. En el momento de la elevacion de la hostia, sintiendo que apoyaban una mano sobre su espalda, habia vuelto la cabeza y visto brillar una hoja de puñal en manos de Antonio Volterra. Por un movimiento instintivo se habia arrojado entonces á un lado, de modo que el hierro que debia atravesarle la garganta no hizo mas que hacerle un rasguño en el cuello. Levantóse inmediatamente, y con un solo movimiento sacó su espada con la mano derecha, y envolviendo su brazo izquierdo con la capa se puso en defensa llamando en su auxilio á sus dos escuderos. A la voz de su amo Andrés y Lorenzo Cavalcanti acudieron espada en mano, y los dos sacerdotes viendo que el negocio iba serio y que ya no se trataba de un asesinato, sino de combatir, arrojaron sus armas y echaron á huir. Al ruido que hacia Lorenzo defendiéndose, Bernardo Bandini que estaba ocupado con Julian, levantó la cabeza y vió que la segunda víctima iba á escaparse; dejó el muerto por el vivo, y se lanzó en el altar. Pero encontró en su camino á Francisco Nori que le cerraba el paso. Hubo una corta lucha y Francisco Nori cayó herido de muerte; pero por pronto que hubo quitado aquel obstáculo habia bastado el tiempo, como hemos visto, á Lorenzo para desembarazarse de sus dos enemigos. Bernardo se encontró pues, solo

contra tres. Llamó á Francisco, acudió este; pero á los primeros pasos que dió conoció en su debilidad que iba mas gravemente herido de lo que él creia; y llegando al coro, próximo á caer, se apoyó contra la barandilla. Policiano, que acompañaba á Lorenzo, aprovechó aquel momento para hacerle entrar con algunos amigos que se habian reunido al rededor suyo, en la sacristía, y mientras que los dos Cavalcanti, ayudados por los diáconos, que daban porrazos con sus cruces de plata como con mazas, tenian separados á Bernardo Bandini y á tres ó cuatro conjurados que habian acudido á su llamamiento. Pasaron las puertas de bronce y las cerró detrás de Lorenzo y de él. Inmediatamente Antonio Ridolfi, uno de los jóvenes mas decididos por Lorenzo, chupaba la herida que habia recibido este en el cuello de miedo de que el puñal del sacerdote no estuviese envenenado, lo que le ponía en el mayor aprieto. Un instante todavía trató de derribar las puertas Bernardo Bandini; pero viendo que eran vanos é inútiles sus esfuerzos, comprendió que todo se hallaba perdido, y cogió á Francisco Pazzi por debajo del brazo y se lo llevó tan rápidamente como este podia andar.

Habia habido en la iglesia un momento de tumulto fácil de comprender; el celebrante habia huido cubriendo con su estola á Dios, á quien hacian testigo y casi cómplice de semejante crimen.

Todos los asistentes habian salido precipitadamente á la plaza del Domo por las diferentes puertas de la catedral; cada cual habia huido por donde habia podido, á excepcion de ocho ó diez partidarios de Lorenzo que se habian reunido en un rincon, y que con espada en mano corriendo inmediatamente á la puerta de la sacris-

tía llamaban á voces á Lorenzo diciendo que respondían de él, y que si quería salir se comprometía con su cabeza á llevarle sano y salvo á su casa.

Pero Lorenzo no tenía prisa de salir á estas invitaciones; temía que fuese una astucia de sus enemigos para volverle á hacer caer en la red de que se había escapado. Entonces Sismondi della Stufa subió por la escalerilla del órgano hasta una ventana, desde la cual echando una mirada á la iglesia vió el Domo vacío, á excepcion de un grupo de amigos que aguardaban á Lorenzo á la puerta de la sacristía, y el cuerpo de Julian sobre el que se hallaba una hermosa mujer tan pálida y tan inmóvil, que á no ser por los sollozos se la hubiera podido tomar por un segundo cadáver.

Sismondi della Stufa bajó y dijo á Lorenzo lo que había visto; entonces este recobró ánimo y salió. Sus amigos le rodearon inmediatamente, y cual lo habían prometido le llevaron sano y salvo á su palacio de la Via Larga.

Sin embargo, en el momento de alzar á Dios, las campanas se habían tocado como de costumbre; era esta la señal esperada por los que estaban encargados del palacio. En consecuencia, á la primera campanada el arzobispo Salviati entró en la sala donde se hallaba el gonfaloniero, dando por pretexto que tenía que comunicarle una cosa de parte del papa.

Este gonfaloniero, como hemos dicho, era César Petrucci, el mismo que ocho años antes, siendo podestá de Piatto, había sido envuelto en una conspiracion semejante por Andrés Nardi. Aquella primera catástrofe, de la que había estado á punto de ser víctima, había dejado en el magistrado tan profundas huellas, que

desde aquel tiempo vivía sin cesar prevenido. Así, aunque ninguna noticia de la conjuracion había tenido todavía, y aunque ningun rumor hubiese llegado hasta él, apenas vió á Salviati que se dirigía á él con visible emocion, en lugar de aguardarle se lanzó hácia la puerta donde encontró á Santiago Baccioli, que quería impedirle el paso; pero César Petrucci tenía además de su prudencia mucho ánimo y fuerza. Cogió á Santiago Baccioli por los cabellos, lo derribó en el suelo y poniéndole la rodilla en el pecho llamó á sus soldados que acudieron. Cinco ó seis conjurados que acompañaban á Baccioli quisieron socorrerle, pero los soldados eran mas; tres de los conjurados fueron muertos; dos arrojados por la ventana á la calle, y uno solo se salvó gritando socorro.

Entonces los que estaban en la cancelleria comprendieron que había llegado el momento y quisieron correr en socorro de sus camaradas, pero la puerta que habían cerrado tenía un secreto que una vez cerrada era imposible volverla á abrir. Encontráronse, pues, prisioneros, y por consecuencia en la imposibilidad de socorrer al arzobispo. Durante este tiempo César Petrucci había corrido á la sala donde celebraban sus audiencias los priores, y sin saber precisamente de lo que se trataba había dado la alarma. Los priores inmediatamente se habían unido á él: César los animó. Se resolvió defenderse; cada cual se armó con lo que pudo. El valiente gonfaloniero atravesando por la cocina cogió un asador, y habiendo hecho entrar á la Señoría en la torre, se colocó á la puerta, que defendió tan bien que nadie penetró en ella.

Entretanto el arzobispo, gracias á su hábil diplomacia.

había atravesado la sala donde cerca de los cadáveres de sus camaradas, Baccioli se hallaba prisionero, y con un gesto había hecho comprender á sus cómplices que iban á venir en su socorro. En efecto, apenas se habían reunido á la puerta de la calle, cuando el resto de los conjurados se unió á él; pero en el momento en que iba á volver á subir, vieron desembocar por la calle que conduce al Domo un tropel de partidarios de los Médicis que se aproximaban dando el grito ordinario de aquella casa, *palle, palle*. Salviati comprendió que ya no se trataba de ir á socorrer á Baccioli, sino de defenderse él mismo.

En efecto, había cambiado de faz la fortuna, y el peligro estaba en los que lo habían suscitado. Los dos sacerdotes habían sido perseguidos y hechos pedazos por los Médicis. Bernardo Bandini, después de haber visto á Policiano perecer á las puertas de bronce de la sacristía, había, como hemos dicho, llevado á Francisco Pazzi fuera de la iglesia; pero llegado ante el palacio se había sentido tan débil que no había podido ir mas lejos, y mientras Bernardo escapaba, se había arrojado en su cama y aguardaba los sucesos con tanta resignacion como valor había mostrado. Entonces Jacobo, á pesar de su mucha edad, había intentado reemplazar á su sobrino: había montado á caballo, y á la cabeza de un centenar de hombres que había reclutado de su casa, recorría las calles de la ciudad gritando: libertad, libertad. Pero este era un grito que ya no comprendía Florencia. Una parte de los ciudadanos, que ignoraba todavía lo que había pasado, salía á sus puertas y los miraba en silencio y con asombro. Los que sabían el crimen murmuraban sordamente, y amenazándole

con el gesto, buscaban un arma para unir el efecto á la amenaza. Jacobo vió lo que los conjurados ven siempre demasiado tarde, y es que los señores no vienen sino cuando los pueblos quieren ser esclavos. Comprendió entonces que no había un minuto que perder para ponerse en libertad: volvió caras con su tropa, ganó las puertas de la ciudad, y tomó el camino de la Romaña.

Lorenzo se retiró á su casa, y bajo el pretexto de llorar á su hermano, dejó obrar á sus amigos.

Lorenzo tenía razon: se hubiera despopularizado por todo el resto de su vida si se hubiese vengado como le vengaron.

El jóven cardenal Riario, que ignoraba, no el complot, pero la manera con que debía ejecutarse, se había colocado inmediatamente bajo la guardia de los sacerdotes, que le llevaron á una sacristía inmediata á aquella en que se había refugiado Lorenzo. El arzobispo, su hermano, su primo y Santiago Baccioli, arrestados por César Petrucci, fueron ahorcados, los unos en la Vighiera, los otros en los muros de la iglesia. Francisco Pazzi, hallado en su cama desangrado, fué arrastrado al Palacio Viejo en medio de las maldiciones y de los golpes del populacho, que miraba encogiéndose de hombros y con la sonrisa del desprecio en los labios, y ahorcado en la misma ventana de Salviati, sin que las amenazas, los golpes, ni el suplicio, le hubieran podido arrancar una sola queja. A Juan Bautista de Montesecco, que había rehusado herir á Lorenzo en una iglesia, y que probablemente le había salvado la vida abandonándole á los puñales de los dos sacerdotes, le cortaron la cabeza. René de Pazzi, que se había retirado al convento para no ser confundido con los conjurados, no pudo

por esta precaucion evitar su suerte, y fué cogido y ahorcado como sus parientes. El veneciano Sacoli de Pazzi, que se habia salido con el tropel, habia sido arrestado por los montañeses de los Apeninos, y á pesar de una cantidad bastante fuerte que les ofreció, no para que le dejaran libre, sino para que le matasen, fué llevado vivo á Florencia, y ahorcado de la misma ventana que René. En fin, á los dos años de esta catástrofe, se vió una mañana un cadáver colgado en las ventanas del Dargallo; era el de Bernardo Bandini, que se habia refugiado en Constantinopla, y que el sultan Mahomet II habia enviado prisionero á Lorenzo, á fin de conservar la paz con la república.

El coro, que encierra el espacio donde se representó este terrible drama, fué ejecutado despues por órden de Cosme I. Está adornado de ochenta y ocho figuras en bajos relieves de Baccion Bandinelli y de su discípulo Juan de l'Opera. El altar grande es del mismo maestro, á excepcion del crucifijo de madera, que es de Benito de Majano, y de un grupo de mármol representando á José de Arimatea sosteniendo á Cristo, que es el único pedazo de mármol á que tocó el cincel de Miguel Angel. Miguel Angel lo destinaba al sepulcro que hacia prepararse en Santa María la Mayor, pero los canónigos del Domo tuvieron, si puede decirse así, la sacrilega piedad de separar aquel trozo de mármol sin concluir, de su fúnebre destino, y se apoderaron de él para su catedral.

Sobre el coro se eleva á una altura de doscientos ochenta y cinco piés la famosa cúpula de Brunelleschi: permaneció desnuda y sin adorno, bella con su belleza, grande con su sola grandeza, hasta 1572, época en que

Vasari obtuvo de Cosme I la autorizacion de cubrirla de pintura. El dia aniversario del nacimiento del gran duque, subió sobre su tablado y dió la primera pince-lada en aquella inmensa obra, que quedó sin concluir al morir: la obra fué concluida por Federico Zucchoni.

Dos glorias artisticas hacen pareja con dos glorias militares: de Juan Hawkwood y de Pedro Farnesio, con los sepulcros de Brunelleschi y del Giotto. El epitafio del primero es de Mazzuppini, y el del segundo de Policiano. El mejor de los dos, es mas mezquino en comparacion de una estatua del uno ó de un cuadro del otro.

Al salir de Santa María de las Flores por la puerta de en medio, se encuentra justamente uno en frente de otra puerta. Es la del bautisterio de San Juan: es la famosa puerta de bronce de Ghiberti. Miguel Angel tenia siempre miedo de que Dios robase aquella obra maestra de Florencia para hacer con ella la puerta del cielo.

El bautisterio de San Juan Bautista, iglesia primitiva de la ciudad de que tan frecuentemente habla el Daute y con tanto amor, es una construccion del siglo vi, y que se remonta nada menos que á aquella hermosa reina Teodolinda, que mandaba entonees en aquella rica comarca que se extendia desde el pié de los Alpes al ducado de Roma. Era el tiempo en que las ruinas esparcidas por el mundo que acababa de concluir, ofrecia espléndidos materiales al mundo que comenzaba. Los arquitectos lombardos tomaron á manos llenas columnas, capiteles, bajos relieves, y hasta una piedra llevando una inscripcion romana en honor de Aurelio Vero, y con ellas hicieron un templo que consagraron al bautismo de Jesucristo.

El bautisterio permaneció así rudo y áspero, y en toda su bárbara desnudez, hasta el siglo xi: era esta la grande época de los mosaiquistas. Salidos de Constantinopla, recorrieron el mundo aplicando sus largas y flacas figuras de Cristo, de la Virgen y de los santos sobre fondo de oro. Apolonio fué llamado á Florencia y le encargaron la bóveda. Las pinturas comenzadas por él, fueron concluidas por Andrés Zafi, su discípulo, y acabadas por Santiago de Turríta, Tadeo Gadi, Alejo Baldovineti y Domingo Guirlandajo.

Pronto se vió el interior tan bello y tan resplandeciente, que se pensó en el exterior, y se encargó á Arnolfo di Lapa vestirlo de mármol. Las mejoras habían dado su fruto: las ofrendas eran dignas del templo. Se pensó que se necesitaban puertas de bronce para encerrar tantas riquezas, y en 1350 se encargó á Andrés de Pisa ejecutar la del Mediodía que mira al Bigallo. La otra fué terminada en 1359, y produjeron tal sensacion, que la señoría de Florencia salió solemnemente de su palacio para ir á visitarla acompañada de los embajadores de Nápoles y de Sicilia. El artista, que era de Pisa, como lo indica su nombre, recibió además el honor de la cudadinanza.

Quedaban dos puertas por ejecutar: el maravilloso trabajo del primer obrero, hacia difícil la eleccion del segundo: se resolvió, pues, sacarla á oposicion. Cada opositor adoptado por la comision, debia recibir de la magnífica república una suma suficiente para vivir un año, y al cabo de este año presentar el boceto. Brunelleschi, Donatello, Lorenzo de Bartolucio, Scopodella, Quercio de Siena, Nicolás de Arezzo, su discípulo, Francisco de Banda brine, Simon de Cona, llamado

Simon de los broncees, por su habilidad en modelar, se presentaron y fueron sin dificultad recibidos.

Habia entoncees en Rimini un jóven que andaba viajando por Italia: iba de Venecia á Roma, pero fué detenido en el tránsito por el señor de Malatesta. Era este uno de esos tiranos artistas de la edad media que tan á pechos tomaba el arte: arrestado el jóven, le obligaron á hacer á la fuerza muchos frescos. En el intervalo de su trabajo, el jóven, que era además platero y esultor, se entretenia para distraerse en modelar figuritas de barro y de cera, y que despues Malatesta daba á sus lindos hijos, que debian un dia ser tan tiranos como él.

Halló una mañana á su comensal muy preocupado: le preguntó Malatesta qué era lo que tenia. El jóven le respondió que acababa de recibir una carta de su suegro que le anunciaba que la puerta principal del bautisterio de Florencia se habia sacado á oposicion, y que le invitaba á concurrir á aquel honor tan grande, de que en el fondo de su corazon se creía indigno. Malatesta animó al jóven á que marchase á Florencia: despues comprendiendo que el pobre artista tenia falta de dinero, le dió una bolsa llena de oro para ayudarle á los gastos de su viaje. Como se ve, el execrable tirano Malatesta era un excelente hombre.

Púsose el jóven en camino para Florencia, lleno de esperanzas y de temores á la vez. Palpitábase fuertemente el corazon cuando á lo lejos vió las torres de los campanarios de su ciudad natal: en fin, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y antes de ver ni á su mujer ni á su padre, fué á llamar á la puerta de aquel famoso consejo de que iba á depender toda su vida.

Preguntáronle los jueces su nombre y qué era lo que

había hecho. El jóven respondió que se llamaba Lorenzo Ghiberti: la segunda pregunta era mas difícil de responder porque no había hecho nada todavía, mas que las lindas figuritas de cera y barro con que jugaban los hermosos hijos del tirano Malatesta.

Así el pobre Ghiberti tuvo gran trabajo para desarmar la prevención de los jueces, que le indicaban volverse á Rimini, cuando á petición de Brunelleschi, amigo de su suegro, y de Donatello, amigo suyo, fué admitido, mas como estímulo que á título de séria oposición. No importa, había sido recibido y esto era cuanto necesitaba: recibió su suma, y se puso á trabajar.

Pasóse el año trabajando todos á cual mas: despues, en el día señalado, cada uno presentó su boceto. Había treinta y cuatro jueces, todos pintores, escultores ó plateros de primer orden.

Desde luego se dividió el parecer entre tres de los coopositores; estos tres eran Brunelleschi, Lorenzo de Bartolucio y Donatello. Habían encontrado muy hermoso el boceto de Ghiberti: pero tan jóven, ó fuese temor de ofender á los maestros que habían concurrido á la oposición con él, ó por cualquiera otra razon, no se habían atrevido á adjudicarle el premio. Pero entonces sucedió una cosa maravillosa; y es que Brunelleschi, Bartolucio y Donatello, retirándose á un rincón para deliberar, volvieron despues de un instante de conversacion, y dijeron á los cónsules que les parecía que se había hecho una injusticia dándoles el premio, que creían en su alma y conciencia que lo había ganado verdaderamente Lorenzo Ghiberti.

Concibese que semejante paso puso muy fácilmente de acuerdo á los jueces; y una vez por casualidad se

concedió el premio al que lo había merecido; verdad es que la oposición, fiel á la mision original de toda oposición, había dado en un principio el premio al que no lo merecía.

Cuarenta años duró la obra, dice Vasari, es decir, un año menos que lo que había vivido Masaccio, un año mas que lo que debía vivir Rafael. Lorenzo, que la había comenzado lleno de salud y de vida, la acabó viejo y encorvado. Su retrato es el de ese anciano calvo que cuando está cerrada la puerta se halla en el adorno del medio: ¡ toda una vida de artista se ha fundido allí con el sudor que ha caído gota á gota sobre aquel bronce!....

En cuanto á la otra puerta que fué dada á Ghiberti en recompensa de la primera, no fué para él mas que un juego, porque no tuvo mas que imitar á Andrés de Pisa, que hasta entonces había sido mirado como inimitable.

Al salir del bautisterio por aquella puerta de en medio en donde están colgadas las cadenas del puerto de Pisa, — desgraciadas cadenas que se han dividido alternativamente los genoveses y los florentinos, — se descubre en todo su majestuoso atrevimiento el campanillo de Giotto. Aquel maravilloso monumento, sólido como una torre, esbelto como un encaje, era tan ligero, tan hermoso, tan brillante, que Policiano lo ha cantado en versos latinos, y Carlos V decía que debían colocarlo debajo de un fanal para no enseñarlo sino los días de gran fiesta, y de que todavía se dice hoy en Florencia: « hermoso como el campanillo, » para alabar cualquier cosa tan espléndida que no tiene término de comparacion.

Giotto había abierto nichos que fueron llenados por

Donatello. Seis estatuas son de este maestro : una de ellas representa el hermano Parduccio Charichini, mas conocido bajo el nombre dello Zuccone, á causa de su calva ; obra maestra de natural y de modelo. Esta obra es la perfeccion griega reunida al sentimiento cristiano : así cuentan que cuando Donatello acompañó su querida estatua desde su taller al campanillo, confiando en su genio y creyendo que el Dios de los cristianos le daría el mismo milagro que Júpiter habia hecho con Pigmalion, no cesó por todo el camino de repetir á media voz :

— *Favella! favella!* Habla, habla, pues.

La estatua permaneció muda, pero la admiracion de los siglos y la voz de la posteridad han hablado por esta.

EL PALACIO RICCARDI

Ibamos á dejar aquel magnifico palacio del Domo para hacernos llevar al del gran duque, cuando echando una mirada á la via Martelli, divisamos al extremo de aquella calle el ángulo de un palacio tan hermoso, que nos separamos un momento de nuestro plan cronológico para acercarnos mas á aquel edificio. A medida que adelantábamos le veíamos desarrollarse á la vista en toda su elegancia y en toda su majestad. Era el magnifico palacio Riccardi, que hace esquina con la via Larga y con la via dei Calderei.

El palacio Riccardi fué edificado por Cosme el Antiguo, aquel á quien la patria comenzó por arrojarle de sí dos veces, y concluyó al fin por llamarle su padre.

Cosme vino en una de esas felices épocas en que todo en una nacion tiende á desarrollarse, y en las que el hombre de genio encuentra toda la facilidad para ser grande. En efecto, la era brillante de la república vino con él. Las artes florecian por todas partes. Brunelleschi